

La necesidad de potenciar un modelo económico que busque la Salud Social en plena Emergencia Económica y Planetaria a raíz de la COVID-19

Javier Aznar Sala*

Resumen.

La crisis de la COVID-19 ha puesto de manifiesto que la economía mundial está sujeta a numerosas circunstancias que perturban el panorama mundial. Es más, afecta de forma decisiva a las economías domésticas y a la vida de las personas. Desde la crisis financiera del 2008 a la que estamos viviendo en el presente 2020, queda la sensación de que la economía se colapsa cada cierto tiempo y que deja miles de damnificados cada vez que las cifras y la bolsa se tambalean. No es ético seguir optando por un tipo de mercado que deje de lado a las personas y que siga centrándose únicamente en los réditos económicos de unos y de otros. Es más urgente que nunca reflexionar sobre nuestro modelo económico actual y sobre cuáles son sus directrices para intentar construir un modelo más humano que esté al servicio de las necesidades reales de la gente.

Palabras clave.

Economía, Salud Social, Crisis, Socioeconomía, Comunidad.

Abstract.

The COVID-19 crisis has revealed that the world economy is subject to numerous circumstances that disturb the world panorama. Furthermore, it decisively affects the domestic economies and people's lives. From the financial crisis of 2008 to the one that we are experiencing in the present 2020, there is a feeling that the economy collapses every so often and that it leaves thousands of victims every time the numbers and the stock market are unstable. It is unethical to keep opting for a type of market that puts people aside and continues to focus on the economic returns of one and the other. It is more urgent than ever to reflect on our current economic model and what its guidelines are, so that we can try to build a more human model that is at the service of people's real needs.

Keywords.

Economy, Social Health, Crisis, Socioeconomics, Community.

* [Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir](http://www.ucv.es), España. E-mail: fjavier.aznar@ucv.es



1. La crisis del Estado del Bienestar

La sociedad de bienestar a la que estábamos acostumbrados entró en crisis de forma global en el año 2008 y todavía no ha sido posible recuperar los datos macroeconómicos que se manejaban con anterioridad a la misma. A ello se suman los actuales datos enmarcados en el contexto de la pandemia de la COVID-19 y que vuelven a apuntar a una nueva recesión y estancamiento de la economía a nivel mundial y que se ha agravado todavía más, si no lo estaba, con el coronavirus. De este modo se espera que la economía global se contraiga un 3% y en España un 8% en 2020 (El País, 2020). La sensación que va quedando a medida que transitamos las primeras décadas del nuevo milenio es de enorme incertidumbre económica en forma de crisis sucesivas que van orillando cada cierto tiempo. Algunos expertos señalan que: “ni el surgimiento de los nuevos mercados ni el advenimiento de las nuevas tecnologías han podido frenar la caída de las inversiones” (Nachway, 2017: 5).

Todas las teorías y prácticas económicas que los teóricos se sabían de memoria sobre el funcionamiento de la renta y sus posibles predicciones y fluctuaciones, han saltado por los aires en la actualidad y caminamos hacia parámetros económicos que son cada vez menos predecibles, con el agravante de que las políticas económicas siguen mirando únicamente en función del beneficio de unos pocos y no de la colectividad en su conjunto. Así pues, “la configuración del futuro se resuelve en los laboratorios de investigación de los gabinetes ejecutivos” (Beck, 2006: 357). En cambio, desde una perspectiva comunitarista se percibe con interés la necesidad de que las directrices económicas comiencen a dar signos de una mayor atención a las necesidades reales de la población en forma de salud social. Este concepto de salud social se refiere a “la mayor o menor adecuación de una sociedad a criterios morales de excelencia [en línea con las propuestas de Amitai Etzioni]” (Pérez Adán, 2003: 122).

Las prácticas capitalistas financieras dibujan un escenario donde las divisas viajan de un lugar a otro del planeta en función de determinados intereses mercantiles que únicamente benefician a los países del norte, lo que perjudica de forma perenne a una serie de países del sur que están sometidos, colonizados y sin posibilidad real de salida. De este modo, las divisas van de Tokio a Hong Kong, se invierten en Singapur y de repente cotizan en la alza en las bolsas de Frankfurt o Nueva York. Todo este periplo mercantil se ha desarrollado desde un simple “clic” en un despacho de un rascacielos con la capacidad de mover millones de dólares en un instante y buscando las mejores oportunidades del mercado mundial. Las predicciones económicas de muchos economistas respecto a posibles burbujas o cracs financieros no dejan de ser meras especulaciones que intentan todavía comprender un mercado de por sí encriptado y que no parece atender al bien del colectivo. Así pues, el escenario actual se parece cada vez más a “un mundo donde todo se mide por el valor del cambio y donde nada en verdad vale” (Peña, 2008: 68).

La realidad es que se desconocen con frecuencia las directrices por las que va a transitar la economía a medio plazo y donde todos quedan sujetos al azar del antojo bursátil de una minoría. Crece, en las sociedades modernas, la sensación de que el estado de bienestar se va resquebrajando y se parece cada vez más al mundo de las apuestas donde no queda seguridad ninguna sino azar. Este tablero



del juego se caracteriza por la apuesta, todo ello en medio de un mar de incertidumbre económica que busca conseguir alguna ganancia sujeta a los continuos altibajos de la bolsa. De hecho, son cada vez más constatables las diferencias sociales en los países desarrollados y se habla de la “globalización de la pobreza” (Chossudovsky, Palos y Ruíz de la Concha, 2002). La economía interplanetaria está toda ella conectada y nadie queda fuera de este *tablero de ajedrez* cuya partida juegan solamente unos pocos y con unos determinados intereses. Antes de que la primera gran crisis económica golpeará al mundo en el nuevo milenio, sociólogos como el hindú Amartya Sen, sugerían limitar el excesivo poder del mercado: “Tenemos que evaluar con un sentido crítico las posibilidades reales del mercado limitando su funcionamiento” (2000: 159).

Es posible que estas sinergias mercantiles no las domine nadie y todo quede en el nivel de unas estructuras sociales de las que todos dependemos como sujetos anónimos en un contexto de poder más desconocido todavía. No parece darse ninguna directriz ni lógica interna en los mercados, por lo que es lógico pensar que estos se estrellen cada cierto tiempo por falta de directrices racionales. La única máxima que parece seguir la economía es la de la del irracional consumo y dilapidación del ahorro: “La sociedad de consumo sería, en este sentido el estadio más perfecto de la sociedad de masas” (González-Anleo, 2014: 142). Si, como hemos indicado líneas arriba, nadie dirige el rumbo de la economía mundial y ella cobra vida propia, es hasta lógico pensar que se despeñe cada cierto tiempo (Chesnais, 2008).

El economista ruso Nicolai Kondratiev, ya señaló en el año 1925 que las crisis son inherentes al sistema capitalista en forma de ondas con forma sinusoidal. Parece que la economía está abocada al continuo colapso y que no logra encontrar la salida hacia niveles de confianza adecuados para los

inversores. Lo que ha hecho la actual pandemia -en forma de la COVID-19- es sacar a la luz y magnificar otra recesión que ya estaba en ciernes y de la que todos los expertos estaban alertando. De hecho las previsiones sitúan las finanzas, según qué países, en altos índices de contracción más o menos elevados.

Los estados modernos ya no dominan sus proyectos económicos como era habitual y eso que poseen más poder que nunca; en cambio, la actual coyuntura no permite una independencia real en el plano económico y queda sujeta a una economía determinantemente macro. Como ejemplo, indicar que un estado puede hundirse sin haber realizado malas praxis políticas por el mero hecho de que los poderes supranacionales que le influyen son más determinantes que su propia economía micro. El mismo sistema económico mundial tiene sus propias sinergias a modo de poderes anónimos que se mueven sin ningún tipo de lógica en sus elecciones cambiantes y que son imposibles de predecir. La ciencia económica se ha dedicado a estudiar y predecir los distintos modelos según qué épocas, pero esa actividad parece quedar velada en la actualidad y por ello las modernas escuelas de negocios se dedican a controlar más que a predecir, pues han tomado conciencia de sus límites actuales, aunque no se admita. Ante este horizonte de coyuntura económica, el único formato válido para el ciudadano es el de la oferta del goce inmediato con la finalidad de satisfacer necesidades inmediatas: “El hombre radar sigue las modas, las diversiones, las excitaciones y los resentimientos de los demás con aquella indiferencia que es necesaria” (Heinz, 2017: 148).

Uno de los esfuerzos que realiza la Unión Europea en el presente es el ejercicio del control económico de unos países sobre otros y de las fronteras más sensibles de Europa en países como Grecia, Italia, España o Turquía que reciben constantes presiones



migratorias. En vez de mirar el lado humano de los migrantes se acentúa el control del déficit, del gasto y de la inmigración a nivel macro, pero no se hacen políticas que protejan y amparen las constantes tragedias humanas. No se percibe con igual intensidad el interés por comprender las inversiones y los esfuerzos dirigidos hacia un beneficio común que atienda las necesidades de las personas. Se observa, en cambio, una creciente vorágine de crisis financieras que afecta a los valores en medio de una economía cada vez más inhumana (González Faus, 2017). No se invierte en el valor de la ayuda o de la felicidad de la gente; simplemente se intenta controlar el valor del dinero y la inviolabilidad de las fronteras, lo que debe conducirnos como sociedad en pleno siglo XXI a una honda reflexión:

La constante disminución de los bienes relacionales en la sociedad globalizada, es decir, los bienes en los que la identidad y las motivaciones de quienes interactúan son elementos esenciales para que el bien proporcione la ventaja que se espera de él, tales como el servicio a las personas (la amistad es un bien relacional típico, aunque también la asistencia a los ancianos se presenta como un bien relacional). En su lugar se demanda y ofrece bienes posicionales, bienes que proporcionan utilidad por el estatus que crean, por la posición relativa que su consumo permite ocupar en la escala social (Zamagni, 2012: 56).

Los mercados siguen diseñando políticas de control con la intención de minimizar los daños. Se busca huir del déficit para alcanzar una mayor

protección ante cualquier posible crisis, pero no se realizan los mismos esfuerzos en consolidar una economía de servicio. Así pues, “la corriente neoclásica sigue dominando a nivel teórico la economía mundial, pero no aborda la economía real” (Long, 2006: 87). Se percibe una cultura de fin de época que a muchos asusta por la incertidumbre, incluso el cine y la literatura establece marcos de narrativa distópica, donde todo son catástrofes y donde “la sociedad parece caminar hacia el ocaso en medio del miedo” (Heinz: 2017: 148). El ideal de progreso lineal ha ido decayendo y parece afianzarse cada vez más la idea de decadencia y sinsentido, todo ello en medio de una tipología humana que se presenta cada vez más aislada: “la carencia de sentido va acompañada de la abundancia de bienes materiales y artículos de lujo que tienen su única razón de ser en que se anulan muchas conexiones vitales” (Schmid, 2010:62).

La crisis no es solo económica sino que devine sistémica y lo único que se nos es dado saber es que estamos inmersos en un modelo capitalista que no nos permite comprender cuáles son sus directrices. De la tradicional cultura del ahorro y la inversión de las familias, se ha pasado a la filosofía del crédito, puesto que cada vez el dinero pierde más valor e invertir no compensa, por lo que se pide crédito para gastarlo en el mismo instante sin miras futuras. La mentalidad que se expande en la sociedad no es de ahorro ni de proyecto futuro, sino meramente cortoplacista: “¿no es una locura que, a medida que nos hacemos más ricos, también nos sintamos menos seguros y estemos más estresados? Para responder a esta pregunta sería deseable que tanto la seguridad como la paz del espíritu sean bienes que aumenten y no disminuyan” (Layard, 2005: 167).

En las universidades se siguen enseñando todavía teorías neoclásicas y se habla en términos de oferta, demanda y precios; a su vez, se siguen barajando los mismos nombres de autores clásicos

1 Es importante señalar que no existen los premios Nobel de economía como tal, tan solo se otorgan los «Premios del Banco de Suecia en Ciencias Económicas en Memoria de Alfred Nobel». Se trata de una estrategia neoliberal para ensalzar y legitimar esta serie de trabajos y que figuren a la misma altura de los premios en ciencias o del premio Nobel de la Paz.



como Marshall, Walras, Pareto y Keynes, lo que ya no se corresponde con la lógica actual del mercado. El que demostró que ese criterio quedaba obsoleto fue el mismo sociólogo norteamericano de origen alemán Amitai Etzioni. Incluso los premios nobel de economía de los últimos 20 años, exceptuando un par de ellos, son todos deudores de esta escuela llamada ahora neoliberal u ortodoxa.¹ Este modelo se asienta sobre un criterio débil de racionalidad donde se intenta maximizar el beneficio siempre que se den unas determinadas coordenadas y se sigue apostando por las mismas variables en un cuadro de posibles análisis previos y sin sobresaltos.

Los neoclásicos pensaban que la racionalidad altruista no existía en la economía y que lo único que existía era la irracionalidad altruista, mientras que el nonagenario Etzioni acertó en señalar que los comportamientos altruistas también son racionales, cosa que todavía no ha sido del todo reconocido. Su planteamiento abre una vía que se aleja de los postulados neoclásicos materialistas donde se maximiza el individualismo, por lo que Etzioni defiende un modelo socioeconómico donde tenga cabida la calidad moral en una economía que se dirija a la excelencia en igualdad de valores y derechos para todos. El sistema capitalista solamente reconoce tres ámbitos de vida: la libertad individual, la acción de control del estado y el mercado. Esta postura resulta excesivamente reduccionista, pues no tiene en cuenta a la comunidad y ni el bien de la persona y de las comunidades locales su cultura. Se necesita una perspectiva más amplia donde se den cita el estado, el mercado y, especialmente, la comunidad concreta:

Porque aunque el hombre, con mucha razón, «se complace en su legítima y adecuada búsqueda de la prosperidad, existe el peligro de que al final pierda el uso de sus más sublimes facultades y de que pueda degradarse profundamente»

si no se contiene. Según Tocqueville este era el gran «peligro» de las naciones democráticas. Y dado que la «pasión por los placeres físicos nunca puede satisfacer a todo un pueblo, más de lo que puede satisfacer permanentemente a un solo hombre, entonces lo que era verdad para los individuos también lo era patentemente para el conjunto de la nación». En las democracias, al igual que en otros sistemas, solo mediante la resistencia se puede satisfacer el anhelo de felicidad (McMahon, 2006: 340).

2. Apostar por una economía más humana

Es muy difícil que la economía llamada ortodoxa otorgue verdaderos derechos a la comunidad, porque a su vez es difícil comprender cuál es su lógica interna. Por este motivo es importante recuperar algunas de las intuiciones desarrolladas por Etzioni, pues hay que otorgar mayor cabida a las comunidades, a las familias y a los grupos minoritarios e indígenas. El capitalismo financiero no es sostenible a fecha de hoy, pues lo que mueve la economía es el capital y este se zarandea de forma imprevisible a lo largo y ancho del planeta. El capital entra y sale, compra y vende, sube y baja, todo ello en un instante y a una velocidad de vértigo, incluso en mercados que no les importa hipotecar el futuro de las economías locales.

Los economistas tienen su parte de responsabilidad al estar todavía bajo las premisas de un tipo de economía virtual y que no se ciñe una realidad social que pide ser mejor comprendida. Lo que ocurre es que la teoría va por un lado y la práctica por otra. Es necesario recuperar el auténtico servicio a la comunidad. Como indica un referente clásico: “Si cada cual hubiera vivido única y exclusivamente para sí mismo, habría habido hombres, pero no humanidad” (Séneca, 2018: 122-123).



De esta forma se entiende que el sociólogo valenciano Jesús Ballesteros defiende la economía de mercado pero no la sociedad del mercado, pues el dólar no puede ser más libre que el ser humano ni comprarlo a este (Ballesteros & Pérez Adán, 1997). El problema actual es que incluso la sociedad se compra y parece tener un precio tasado de mercado como lo tienen los objetos materiales. Hemos dado tanto poder al dinero que incluso los seres humanos quedan como un subproducto más del mismo. En vez del dinero ser la consecuencia directa del producto del trabajo, hemos pasado a ser rehenes del propio poder monetario. De este modo la brecha de desigualdades en los colectivos más sensibles crece y no se ajusta a las verdaderas necesidades humanas, pues “en el mercado laboral se hallan discriminadas sobre todo las mujeres y los migrantes” (Nachway, 2017: 133). Por ello, el estado de bienestar da signos de agotamiento, podrá mantenerse más o menos en el tiempo mientras mantenga el déficit a raya, pero toda la economía mundial queda sujeta a cualquier vaivén económico ante el que nadie quedará indemne. El problema de la cultura actual es que no queda sitio donde ir e incluso dónde perderse o esconderse. En las crisis precedentes los grupos humanos buscaban fortuna en cualquier otro lugar del planeta, pero ahora la crisis es global y afecta a todos los rincones del mundo sin excepción. Parece ser que el consumo ha acabado por engullir todo a su paso, incluso las propias aspiraciones humanas: “El consumo es una práctica de la apropiación. Es más que una ingesta voraz del otro” (Han, 2018: 88).

Así pues, las nuevas colonias buscan un lugar en el espacio y en la conquista de nuevos espacios interestelares donde se pueda desarrollar una forma de vida nueva en asentamientos humanos sin dependencias ni esclavitudes atávicas. La única forma de huir de esto es desvincularse del sistema. Ese rumbo nuevo tiene el nombre de economía alternativa, por lo que abogamos por una economía

de gratuidad sin la necesidad de huidas donde no entre un capitalismo exacerbado que lo devore todo a su paso. Para ello sería bueno implementar un tipo de economía basada en dádiva, el don y el regalo y que incluso se enseñe académicamente como la mejor praxis. De este modo adquiere valor lo que realmente lo tiene y que no debe establecerse como un precio de mercado como son las personas y sus vidas, pues un dólar no tiene más valor que una persona, cosa que el sistema actual no llega a entender en su engranaje de gramática voraz. El consumo en nuestra sociedad resulta altamente adictivo para todos y nadie queda fuera de su influencia. Nuestra sociedad se presenta como el lugar del paradigma de la adicción al mismo consumo, pero se muestra incapaz de satisfacer los verdaderos anhelos humanos: “La hipercultura sin centro, sin Dios y sin lugar va a promover en adelante resistencias, conduce para muchos al trauma de la pérdida” (Han, 2018: 23).

Hay dos grandes tipos de adicciones en el presente y que se repiten desgraciadamente de un lugar a otro del globo. La primera es la adicción a sustancias y la segunda es el tipo de adicción a los comportamientos (López, 2004). Hoy priman las adicciones a los comportamientos más que a las sustancias, como el caso del uso indiscriminado del móvil, la adicción a las series televisivas o de internet, incluso la adicción a la comida o la ausencia de ella, como el caso de bulimia, la anorexia o en su defecto la vigorexia esculpida a base de gimnasio y de suplementos proteínicos de dudosa recomendación médica (Castillo, 2013). Las sinergias de esta sociedad generan un tipo de servidumbres que son lo opuesto al autodomínio. Por todo ello “debemos examinar si la ciudadanía es meramente instrumental o si es más que eso; y específicamente si la ciudadanía efectiva es parte integral de lo que debemos tratar de sostener” (Sen, 2008: 56). Estas dependencias generan una serie de esclavitudes que se mimetizan en todas partes a nivel global.



El concepto de globalización nace a finales de los años noventa. Hablar hoy de globalización es hablar de una mentalidad donde todos estamos interconectados a nivel mundial y donde coexistimos en el mismo instante a modo de “aldea global” (McLuhan, 1995). La labor de las ciencias sociales reside en la actualidad en aportar mayor comprensión a los cambios sociales que piden ser discernidos, pues “lo característico de la globalización es lo impersonal y, hasta cierto punto lo inhumano en la medida en que se llega a tratar a las personas como cosas” (Pérez Adán, 2020:64). Nuestra sociedad, como señala el surcoreano Byung-Chul Han, es hipercompleja y en la no hay un foco dominador claro, pero sí que existe una estructura dominadora: “Ahora uno se explota a sí mismo y cree que está realizándose” (2017: 117). Esa estructura dominadora puede ejercerla un tipo de sociedad globalizada de la que es casi imposible sustraerse y a la que todos estamos sometidos. No es nada fácil señalar al dominante, pero sí que es muy fácil reconocer al dominado. El medio por el cual la estructura subyuga a los dominados es el consumo. La conquista de la libertad para un hombre postmoderno es un combate que cada generación en particular debe librar.

Cuando todo esto ocurre en un contexto de bienestar material lo que se da es una mera apariencia de libertad pues nos vemos obligados a elegir entre un bien de consumo u otro, pero no puedes elegir rechazar aquello que se te ofrece. Desde el punto de vista del desarrollo sería importante encontrar medios y posibles formas de medir o baremar un tipo de sociedades que ayuden al autodomínio. En tal sentido, Hanna Arendt (1906-1975) entendió la comunidad como un freno al dominio de otros. La filósofa de origen alemán se formuló la siguiente pregunta: ¿qué es lo que más facilita el dominio de otros? Y entendió que era el individualismo, porque ante la estructura este quedaba solo, no poseía ninguna defensa anímica ni colectiva donde

apoyarse (2005). Por ello, las sociedades menos individualistas tienen mayor capacidad defensiva frente al consumismo de corte materialista. También existe un tipo de materialismo comunitario o dialéctico que conocemos con el nombre de Marxismo. Todavía existen intelectuales que luchan contra estos planteamientos marxistas sin ser del todo conscientes que han incurrido en el mismo error que critican. Han caído en la misma falta pero por el lado opuesto; es decir, han caído en la apreciación de un materialismo esclavista producto del consumo, mientras que el marxismo resulta una esclavitud materialista impuesta por el estado. La única diferencia entre ambos planteamientos materialistas es el dominio del que lo ejerce: el estado en un caso o en el otro las propias estructuras de mercado y de consumo.

Esta es la paradoja de nuestra sociedad de consumo que nos hace “esclavos voluntarios”, utilizando una terminología propia. Esta sociedad hiperconsumista, siguiendo la nomenclatura del surcoreano Han (2017), nos está haciendo creer que la libertad es una utopía circunscrita a grupos elitistas y que no es propia de la masa. Es como si nuestra sociedad estuviese obligada a reproducir modelos de consumo global sin alternativa ni posible oposición crítica. Lo que nosotros propugnamos es una «sociedad de libres», con el apelativo de «utopía» si se quiere, pero un lugar donde sea posible conquistar mayores cuotas de independencia. Lo que más nos sorprende desde la sociología es que no se faciliten o promuevan mediciones que giren en torno a un tipo de progreso que incluya con la debida atención la felicidad y no únicamente los bienes materiales. En la actualidad se sigue computando únicamente la renta *per capita* como índice de bienestar y lamentablemente no se deja espacio a la posibilidad de baremar el desarrollo o el progreso en cuotas de libertad, felicidad o autodomínio. Se trata de bienes que son intangibles, pero que se pueden baremar de la misma manera que se puede medir la libertad:



Lo que aquí se persigue no es el dar una respuesta científica al problema de cómo se debe organizar la sociedad para que los hombres sean felices. Se pretende, por el contrario, con alcances mucho más modestos, desentrañar qué relación existe entre las formas alternativas en las que las sociedades se organizan y resuelven sus problemas y la probabilidad de que sean o no felices los individuos que componen una sociedad dada. El problema, planteado de este modo, se transforma en un puñado de cuestiones susceptibles de ser tratadas en términos empíricos y, en consecuencia, integrables en el marco de la sociología (Martín López, 1986: 27).

3. La solidaridad como premisa económica

A veces pensamos que vivimos en un imaginario de libertad completa, cuando este imaginario está lleno de cadenas o de esclavitudes que, como hilos de seda, nos atan y nos impiden volar hacia cuotas de mayor libertad. Para medir valores que se presentan como intangibles lo más sencillo es medirlos por defecto, es decir, medir como ejemplo la servidumbre para hallar la falta de libertad. Arnold Toynbee (1889-1975) sostenía que las civilizaciones se derrumban y caen cuando la mimesis aumenta y la némesis disminuye. En la mimesis es todo igual y la némesis significa la creatividad que no existe (1987). Sin creatividad no se puede proponer una alternativa al consumo y a la falta de autodominio. Ni siquiera funciona la sustitución dialéctica, en lo que Fukuyama dio en llamar, “la imposibilidad de la dialéctica” en el marco actual, donde ya no era posible la elección (1992). A pesar de lo cual para Fukuyama había llegado el *fin de la historia* en el sentido de que estábamos en el mejor de los mundos posibles donde habría triunfado el capitalismo (2004).

Los efectos de los bienes inmateriales son contables como es cuantificable la calidad de vida, lo que pasa es que nosotros hemos equiparado mental y erróneamente la calidad de vida con la cantidad de cosas y también de longevidad de vida. La pregunta sigue latente: ¿Qué medimos exactamente como progreso? La respuesta que nos da Amartya Sen, al inicio de la primera gran crisis del 2008, nos permite poner en paréntesis algunos de los posicionamientos económicos actuales. El dinero ha de estar en función de políticas de salud social y de bienestar de la gente y no para especular simplemente en bienes materiales:

La pobreza, definida simplemente en función de bajos ingresos, no es el aspecto primordial considerado por James Grant para señalar lo terrible de la situación. Obviamente, en el mundo en que vivimos hay demasiada pobreza, pero aún más aterrador es el hecho de que muchas personas –incluyendo niños con un historial de continua y permanente desventaja– están condenados a una vida miserable y precaria y a una muerte prematura. En términos generales, estas dificultades guardan una relación directa con una condición de bajos ingresos y sin embargo, también reflejan un inadecuado servicio de salud pública y de apoyo nutricional, una deficiencia en la disposición de los servicios de seguridad social y la ausencia de responsabilidad social y de interés por parte de las autoridades. Preparando un buen y razonado grupo de programas de intervención pública y asegurando el empeño tanto nacional como internacional, será posible lograr un cambio radical que dé frutos aun antes de que se pueda elevar significativamente el nivel general de ingresos. (Sen, 2008: 80).

Todo esto es el marco hacia el que nos movemos, por el simple motivo de que no existe ninguna frontera que pueda resistir esta realidad: ni



vallas, ni concertinas, ni leyes internacionales, ni muros que lo puedan detener. A esta realidad únicamente podemos darle la bienvenida, pero hay que prepararse ante tal reto en forma de desafío internacional. Los distintos barcos que llegan a las costas de Europa, en forma de necesidades humanas, se van a seguir dando cita y llamar ante nuestras puertas, así como los distintos éxodos que desde América Latina llaman a la puerta de EE.UU. Por muchos muros que se construyan es imposible e incalificable no auxiliar al necesitado. Por lo que apostamos por “pasar de la cultura de la queja, que es el rechazo del otro, a la cultura de la acogida” (Pérez Adán, 2002: 42).

Los Estados, tal y como los entendemos, están llamados a desaparecer y dejar paso a la preponderancia de la sociedad civil, consciente de sus derechos y de la importancia de sus iniciativas y donde el Estado tengan cada vez menores cuotas de poder. Una sociedad política reducida al mínimo y en equilibrio, en el sentido de desarrollar una sociedad lo más pacífica posible a imagen de la propuesta evangélica de las bienaventuranzas, es la única que puede hacer frente a las peticiones reales de las personas: “El generoso olvido del sí cristiano, a diferencia del budista, es anti-individualista, y, por tanto, anti-neoclásico económicamente hablando. El olvido de sí implica memoria y proyecto del nosotros. ¡Qué sano es pensar en plural!” (Pérez Adán, 2002: 39). Es bueno hablar de progreso planetario en la medida de lo posible y no individualizarlo en unos pocos países, para ello partimos del más lugar necesitado más próximo pero con una mirada universal que busca el máximo equilibrio entre población, recursos, tecnología y bienestar, donde la mirada hacia el otro debe estar en la base del verdadero progreso humano. Se ha centrado el valor en medir altos índices de Renta per Cápita o de maximización del Producto Interior o Exterior Bruto y, en cambio, no se han barajado otras posibilidades métricas que

son sumamente interesantes y que abrirían nuevos horizontes de mejora de la Salud Social. La clave es tener clara la dirección hacia la que nos dirigimos.

Afortunadamente tenemos la experiencia de posibles acuerdos internacionales y equilibrios importantes sobre cuestiones de energía, ecología o políticas diversas. De hecho el primer éxito en política medioambiental fue el eslogan internacional *save the whales* (1997), lo que podría ser ejemplo de otros acuerdos en este sentido. Con ello se consiguieron implementar políticas que se tradujeron en la salvación y protección de los cetáceos marinos, cosa que parecía imposible y que desde la rama biológica se hablaba de la práctica extinción de estos cachalotes. Desgraciadamente, en la actualidad Japón se ha vuelto a desmarcar de estos acuerdos, con la excusa de la investigación, y vuelve a comerciar con la carne de aquellas ballenas que entren en sus mares, exceptuando únicamente la zona ártica.

Si algunas utopías se han conseguido o se está en camino de ello es gracias a la presión ejercida por la sociedad civil, por lo que es importante seguir reivindicando derechos como el de la igualdad de la mujer, el desarrollo sostenible, la no discriminación racial, el acceso universal al agua, etc. Del mismo modo podemos conseguir nuevos retos como la sustitución de la energía nuclear por fuentes de energía alternativa y más sostenible. Todo ello sin que el aparente triunfo de las masas imponga la lógica del vacío sobre la consistencia (García Inda, 2020). Países como Italia o Austria sometieron a referéndum la posibilidad de abandonar la energía nuclear y se ha visto que es posible aunque estén obligados a consumir otro tipo de energías alternativas. Se arguye en defensa de la misma que la energía nuclear que es la más barata, pero no se dice que en el precio no está incluida la externalidad. Si se incluye en el precio la variable de la externalidad el precio cambia, pues



no se contempla que se está hipotecando un futuro que no nos pertenece y que lo robamos a las jóvenes generaciones. ¿Cuánto vale almacenar estos residuos nucleares durante millones de años? El precio es tan alto que no se puede calcular, por lo que desde este prisma la energía nuclear es carísima, es la más costosa de todas las fuentes de energía posibles.

Desde la economía neoclásica ha cobrado tal distrofia el mercado, frente a la economía planificada, que se ha llegado a pensar que el mercado es lo único que existe sin pensar en la gente. Cuando el economista Gary Becker escribió en su momento el *Tratado sobre la familia* (1987), señaló que con la economía de mercado se podrían predecir los comportamientos familiares en clave de interés propio como una variable económica más. Consideramos que no es una mirada acertada, pues deja fuera la variable no menos importante del amor gratuito en el marco intrafamiliar. El amor en el seno familiar no es un intercambio de intereses sino un don mutuo (Pérez Adán, 2020). Todo esto pone a la luz las aporías que presenta la economía neoclásica que deja de entender aspectos sustantivos de la vida social al pretender explicar todo desde parámetros economicistas: “más allá del servicio amable y desinteresado también lo son: el desprendimiento, la austeridad y la capacidad de ahorro, o la laboriosidad, la acogida, y la fortaleza que da permanencia al sacrificio” (Pérez Adán, 2020: 68). Hay valores que son intangibles y que no pueden tasarse en el mercado y que en realidad se dan dentro del ámbito de las familias como dones gratuitos entre sus miembros.

Por ejemplo, “el índice de felicidad colectiva” en Bután es una de los posibles ejemplos que estudian algunos intelectuales y que posee mucho valor e interés para las ciencias sociales. Ciertamente es un país relativamente pequeño y con poca población, ubicado en la cordillera del Himalaya. Este

país se caracteriza por sus altos indicadores de calidad de vida y de felicidad colectiva que es interesante traer a colación (El Confidencial, 2018). El Índice Relativo de Salud Social (IRSS) es una propuesta de medida de la calidad de vida alternativa al IDH y que nos parece que tiene su importancia y que deseamos destacar. El gobierno decidió medir su bienestar con un Índice Nacional de Felicidad (INF), en vez de utilizar el indicador clásico del Producto Interior Bruto (PIB). Además, se ha puesto énfasis en el cuidado de la naturaleza y en el de la conservación de la cultura frente a la amenazante globalización.

El IRSS puede articularse de muy diversas formas y hemos de ser capaces de medir la salud social de los distintos países, pero no se puede medir en términos objetivos sino en términos relativos, pues la sociología no dice qué es lo bueno sino qué es lo mejor, y lo mejor siempre se extrae en términos comparativos. Desde Schumacher (1911-1977) se han dado distintos intentos que tenían como principal objetivo buscar un modelo económico donde importasen las personas. Los ensayos han sido continuos y desbaratados por la supuesta lógica del acontecimiento, como lo es para la economía dominante el enriquecimiento material. Por lo que se presenta como un reto para los actuales modelos económicos ilustrar la bondad lógica de posibles y novedosos enfoques mediante el diálogo académico y con el objetivo de asumir para la disciplina una nueva racionalidad. No hay fórmulas magistrales pero el intento ya merece la pena (Lluch, 2020).



4. Conclusiones

La economía mundial muestra debilidades internas que se manifiestan en forma de crisis y recesiones sucesivas. Las distintas escuelas de negocios se encuentran ante un panorama cada vez más incierto e impredecible en el mundo de las finanzas. Lo que antaño obedecía a una serie de postulados y a una lógica propia del panorama monetario, se ha convertido en la actualidad en un auténtico enigma para los distintos expertos. Las constantes fluctuaciones del mercado son señal de un agotamiento financiero que se agrava por momentos y que parece haber cobrado vida propia en el nivel de unas estructuras globales que afectan a las regiones y a los pueblos (estructuras glocales). Nadie queda fuera del influjo de estas sinergias que se dejan sentir de forma clara entre las comunidades, las familias y los pueblos.

Ante tal panorama crece el desconcierto y aumentan las dudas acerca de un progreso lineal creciente de nuestra actual sociedad de bienestar. Son cada vez más las voces que alertan de que el mundo, tal y como lo hemos concebido, está en un cambio definitivo hacia nadie sabe dónde. Los altos índices de creciente paro, la desatención de las personas y sus problemas concretos, la imposibilidad de hacer frente a tantas hipotecas, la pérdida de valor adquisitivo de las familias, el miedo al inmigrante, la pérdida de referentes y de valores, etc. son algunos de los ejemplos que alertan de esta disfuncionalidad social. Las teorías económicas de corte comunitarista ya alertaron de que esto podría suceder sino se procuraba un tipo de economía que atendiera la salud social y los criterios morales de excelencia. Una economía meramente especulativa y que no atienda las necesidades reales de las personas, da muestras de un claro agotamiento. Parece tener más valor y libertad el dinero que las propias personas y pueblos.

Pero el problema es que no solo se han mercantilizado las cosas materiales sino aquellas que no lo son como la ecología y el ser humano. Todo parece tener precio en un mercado de ingesta voraz y desigual. El valor del cambio parece ser la única máxima dentro de la lógica actual y cada vez se abren más brechas de desigualdad entre distintos colectivos humanos. Lo que realmente parece haberse globalizado es la pobreza, incluso entre aquellos países que llamamos del Primer Mundo, pues las clases medias poseen menos resortes económicos de los que tenían a finales del siglo xx. Es más, las minorías cada vez tiene menos recursos y las crisis les afectan e inciden de forma directa, siendo los grupos más perjudicados de todos estos vaivenes. Para salvar estos escollos es imprescindible limitar el poder del mercado, algo que hace décadas ya se advertiera, pero que nadie pareció seguir ni atender.

El único paradigma de nuestra sociedad contemporánea es el del consumo y no parece que nadie le ponga límites racionales. Esta práctica consumista se ha convertido en la única regla y norma que goza de buena salud en medio de un panorama desolador. El mercado, como se ha dicho, ha cobrado vida propia y nadie parece saber hacia dónde va, lo único que sabemos es que no atiende a una racionalidad que permita comprender sus movimientos. Incluso las naciones y los gobiernos no tienen la capacidad de



escapar a este poder supranacional que los subyuga. Esta sinergia mercantil y mercantilista se aleja en demasía de las comunidades regionales, locales y culturas. No parece que se tenga la sensibilidad suficiente para reconocer las tradiciones y singularidades de los distintos pueblos. Incluso el mundo de los valores, que son propiamente intangibles, no ha podido escapar de esta turbulencia. Se pensaba que con satisfacer las necesidades más inmediatas en forma de goce y disfrute, el ser humano quedaba satisfecho, pero esto se ha mostrado del todo ineficaz.

En el presente artículo hemos intentado hacer explícitas algunas directrices que favorezcan y potencien una economía más humana y que esté al servicio de las necesidades reales de las personas. En tal sentido, el economista chileno Manfred Max-Neef (1995), resalta la necesidad de caminar hacia un modelo de «Economía a Escala Humana» hablando de «Necesidades Básicas y Satisfactores Sinérgicos». Lo que pretende decir es que para él no existe correlación directa entre el grado de desarrollo económico e industrial y el índice de felicidad relativa. No en vano, los países con mayores cuotas de desarrollo económico son a la vez los países donde se alcanzan mayores porcentajes de soledad y alienación. Existe un *Umbral* -según sus mediciones- donde el índice de calidad de vida empieza a disminuir en una coordenada determinada y donde no todo crecimiento cuantitativo revierte en uno cualitativo.

La Salud Social, en forma de criterios óptimos de atención a lo humano y de búsqueda de criterios morales de excelencia, así lo exige. No es posible posponer por más tiempo los retos que como sociedad se nos presentan. Hay que revertir la lógica que mide el éxito del mercado únicamente en beneficios materiales, para caminar hacia una lógica donde se mida la felicidad y los bienes de excelencia de los pueblos. Lo que no se valora acaba no valiendo nada. Por ello es necesario cambiar de paradigmas y baremar lo que sí tiene un alto valor, como es el cuidado intergeneracional entre las familias, el don de la gratuidad, la solidaridad y la ayuda mutua. Es necesario introducir la variable del altruismo como valor supremo y dejar de medir únicamente los bienes de consumo y de capital. Se trata de una práctica medible y que puede conducir hacia una mayor concienciación y humanización de unas estructuras supranacionales que necesitan ser revisadas en sus postulados y ambiciones.



Bibliografía

- ARENDR, H. (2005). *Sobre la violencia*. Madrid, Alianza Editorial.
- BALLESTEROS, J., PÉREZ ADÁN, J. (1997). *Sociedad y medio ambiente*. Madrid, Trotta.
- BECK, U. (2006). *La sociedad del riesgo*. Barcelona, Paidós.
- CASTILLO, J. A. (2013). "Technological addictions: The rise of social networks/Adicciones tecnológicas: El auge de las redes sociales". In: *Health and Addictions/Salud y drogas*, 13 (1).
- CHESNAIS, F. (2008). "El fin de un ciclo: alcance y rumbo de la crisis financiera". En: *Revista Filosofía, política y economía en el Laberinto*. (26), pp. 69-86.
- CHOSSUDOVSKY, M., PALOS, A. M., & RUÍZ DE LA CONCHA, B. R. (2002). "Globalización de la pobreza y nuevo orden mundial", (No. HC79. P6. C4618 2003), Siglo Veintiuno.
- EL CONFIDENCIAL. (2018). "Bután, paraíso en el Himalaya y creador del Día Internacional de la Felicidad". Disponible en: https://www.elconfidencial.com/mundo/2018-03-20/dia-internacional-felicidad-20marzo_1538280/#:~:text=La%20felicidad%20es%20una%20prioridad,felicidad%20y%20bienestar%20del%20pueblo
- EL PAÍS. (2020). "La debacle económica del coronavirus en gráficos", Disponible en: [http:// https://elpais.com/economia/2020/04/16/actualidad/1587035630_565470.html](http://https://elpais.com/economia/2020/04/16/actualidad/1587035630_565470.html).
- FUKUYAMA, F. (1992). *El fin de la historia*. Barcelona, Planeta.
- FUKUYAMA, F. (2004). *La construcción del Estado. Hacia un nuevo orden mundial en el siglo XXI*. Barcelona, PURESA.
- GARAY DE, J. (1994). *El juego. Una ética para el mercado*. Madrid, Editorial Díaz de Santos.
- GARCÍA INDA, A. (2020). *La dulce militancia*. Madrid, Mensajero.
- GONZÁLEZ FAUS, J. I. (2017). "El dinero: cultura inhumana y superstición anticristiana". En: *Revista latinoamericana de teología*, Vol. 34 (101), pp. 199-218.
- GONZALEZ-ANLEO, J.M. (2014). *Consumidores consumidos*. Madrid, Khaf.



- HAN, B. Ch. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Barcelona, Herder.
- HAN, B. Ch. (2018). *Hiperculturalidad*. Barcelona, Herder.
- HEINZ, B. (2017). *La sociedad del miedo*. Barcelona, Herder.
- JOAS, H. (1995). *El principio de responsabilidad*. Barcelona, Herder.
- KONDATRIEV, N. (1995). *Ciclos económicos largos*. General Data Publications.
- LAYARD, R. (2005). *La felicidad*. Madrid, Taurus.
- LLUCH, E. (2020). *Una economía para la esperanza*. Madrid, PPC.
- LONG, S. (2006). *Divina economía*. Granada, Nuevo Inicio.
- LÓPEZ, A. L. (2004). "Adicción a Internet: conceptualización y propuesta de intervención". En: *Revista profesional española de terapia cognitivo-conductual*, 2(1), pp. 22-52.
- MARTÍN LÓPEZ, E. (1986). *Fundamentos sociales de la felicidad individual*. Piura, Universidad de Piura.
- MAX-NEEF, M. (1994). *Desarrollo a escala humana*. Barcelona, Icaria.
- MCLUHAN, M. (1995). *La aldea global*. Barcelona, Gedisa.
- MCMAHON, D. (2006). *Una historia de la felicidad*. Madrid, Taurus.
- NACHWAY, O. (2017). *La sociedad del descenso*. Barcelona, Paidós.
- PEÑA, C. (2018). *Lo que el dinero sí puede comprar*. Barcelona, Taurus.
- PÉREZ ADÁN, J. (2002). *Rebeldías*. Madrid, Sekotia.
- PÉREZ ADÁN, J. (2003). *Comunitarismo. Cultura y solidaridad*. Madrid, Sekotia.
- PÉREZ ADÁN, J. (2008). *Adiós estado, bienvenida comunidad*. Madrid, Eiunsa.
- PÉREZ ADÁN, J. (2020). *Economía y Salud Social: Más allá del capitalismo*. Pamplona, Eunsa.
- SCHMID, W. (2010). *La felicidad*. Valencia, Pre-Textos.
- SEN, A. (2000). *Desarrollo y libertad*. Barcelona, Planeta.
- SEN, A. (2008). *Primero la gente*. Barcelona, Deusto.
- SÉNECA, L.A., DE LA METTRIE, J.O. (2018). *El combate por la felicidad*. Madrid, Alianza Editorial.
- TOYNBEE, A. J. (1987). "A Study of History": Volume I: Abridgement of (Vol. 1). Oxford Paperbacks.
- ZAMAGNI, S. (2012). *Por una economía del bien común*. Madrid, Ciudad Nueva.

